



## Capítulo 1

La gente se congregaba sobre el saliente de piedra caliza, mirándolos con recelo. Nadie hizo un solo gesto de bienvenida, y algunos tenían las lanzas empuñadas y a punto, por no decir en actitud abiertamente amenazadora. La joven casi palpaba el tenso temor de todos ellos. Mientras los observaba desde el sendero, otras personas acudían a asomarse al saliente, muchas más de las que ella esperaba. Ya había visto esa reticencia a acogerlos en otras gentes que habían conocido a lo largo del Viaje. «No es cosa sólo de ellos –se dijo la joven–; al principio pasa lo mismo con todo el mundo.» Pero estaba intranquila.

El hombre alto saltó de lomos del joven corcel, y aunque él no sentía reticencia ni intranquilidad, vaciló un instante, manteniendo sujeto el cabestro del caballo. Se volvió y advirtió que ella se quedaba atrás.

–Ayla, ¿puedes coger la cuerda de Corredor? Lo noto nervioso –dijo. Levantando la vista en dirección al saliente, añadió–: También ellos parecen nerviosos, supongo.

Ella asintió con la cabeza, alzó una pierna, se deslizó del lomo de la yegua y agarró la cuerda. Además de la tensión de ver a desconocidos, el joven caballo de pelaje castaño experimentaba todavía cierta agitación cerca de su madre. La yegua ya no estaba en celo, pero la envolvían aún los olores de su encuentro con el semental de la manada. Ayla sujetó en corto el cabestro del macho castaño y, por el contrario, dio cuerda de sobra a la yegua de color pardo amarillento, situándose entre ambos. Pensó en dejar suelta a Whinney; su yegua estaba ya más habituada a los grupos numerosos de desconocidos y, por lo general, era poco excitable, pero en ese momento también parecía nerviosa. Aquella muchedumbre pondría nervioso a cualquiera.

Cuando apareció el lobo, Ayla oyó murmullos de inquietud y alarma en el saliente que se extendía frente a la caverna... si podía

llamarse a aquello «caverna». Ella nunca había visto ninguna parecida. Lobo se apretó contra el lado de su pierna y avanzó un poco hasta colocarse frente a ella en actitud recelosamente defensiva. Ayla percibía la vibración de su gruñido casi inaudible. Lobo se mostraba mucho más cauteloso en presencia de desconocidos ahora que un año atrás cuando iniciaron el largo Viaje, pero por entonces era poco más que un cachorro, y tras algunas experiencias peligrosas se había vuelto más protector para con ella.

En su ascenso por la cuesta hacia aquella gente suspicaz, el hombre no revelaba el menor miedo, pero la mujer agradeció la oportunidad de esperar algo alejada y observar antes de tener que conocerlos. Ayla llevaba más de un año aguardando aquel momento con expectación y pánico, y las primeras impresiones eran importantes... para ambas partes.

Si bien los demás permanecieron donde estaban, una joven corrió sendero abajo hacia él. Jondalar reconoció de inmediato a su hermana menor, pese a que en sus cinco años de ausencia la preciosa niña había crecido hasta convertirse en una hermosa muchacha.

–¡Jondalar! ¡Sabía que eras tú! –exclamó ella abalanzándose hacia él–. ¡Por fin has vuelto a casa!

Jondalar la estrechó con fuerza entre sus brazos y luego, en su entusiasmo, la levantó del suelo y dio vueltas con ella en volandas.

–¡Folara, cuánto me alegro de verte! –tras dejarla en tierra, la contempló a distancia–. ¡Vaya si has crecido! Eras sólo una niña cuando me fui, y ahora eres una mujer hermosa... tan hermosa como yo imaginaba que serías –declaró con un brillo en los ojos no precisamente fraternal.

Ella sonrió, miró aquellos ojos de un azul increíblemente intenso, y se sintió atraída por su magnetismo. Se ruborizó, y no por el cumplido de Jondalar –aunque eso pensaron los circunstantes–, sino por la súbita atracción que le había despertado aquel hombre, hermano o no, a quien no veía desde hacía muchos años. Había oído anécdotas acerca de aquel apuesto hermano mayor de ojos poco comunes, capaz de cautivar a cualquier mujer; pero ella recordaba únicamente a un alto compañero de diversiones que la adoraba y se prestaba a participar en cualquier juego o actividad que ella le propusiera. Ésa era la primera vez en que, como mujer joven, se hallaba expuesta al pleno efecto del inconsciente carisma de su hermano. Jondalar percibió la reacción de Folara y sonrió afectuosamente ante su encantador desconcierto.

Ella lanzó una ojeada hacia el pie del sendero, donde discurría junto al riachuelo.

–¿Quién es esa mujer, Jondé? –preguntó–. ¿Y de dónde han salido esos animales? Los animales huyen de las personas. ¿Por qué esos

animales no huyen de ella? ¿Es una Zelandoni? ¿Los ha llamado? –de pronto frunció el entrecejo–. ¿Dónde está Thonolan?

Folara respiró hondo al ver la expresión de dolor que tensaba la frente de Jondalar.

–Thonolan viaja ahora por el otro mundo, Folara –respondió él–. Y yo no estaría aquí a no ser por esa mujer.

–¡Oh, Jondé! ¿Qué ha ocurrido?

–Es una larga historia, y éste no es momento para contarla –dijo Jondalar, pero no pudo reprimir una sonrisa al oírse llamar Jondé; era el apelativo personal de su hermana para dirigirse a él–. Nadie me había llamado Jondé desde que me marché. Ahora sé que he vuelto a casa. ¿Cómo están todos? ¿Se encuentra bien nuestra madre? ¿Y Willamar?

–Los dos están bien. Madre nos dio un susto hace un par de años. Pero Zelandoni aplicó su magia especial, y parece que ahora madre goza de buena salud. Ven a verlo con tus propios ojos –propuso Folara cogiéndolo de la mano y tirando de él cuesta arriba.

Jondalar se volvió y con señas indicó a Ayla que no tardaría en regresar. No le gustaba la idea de dejarla allí sola con los animales, pero tenía que ver a su madre, ver con sus propios ojos que estaba bien. Ese «susto» le preocupaba, y tenía que hablar con la gente acerca de los animales. Ayla y él habían llegado a comprender la extrañeza y el temor que producía en la mayoría de las personas el hecho de que los animales no huyeran de ellos.

La gente conocía a los animales. Los cazaban todas las personas con quienes se habían cruzado a lo largo de su Viaje, y muchas honraban o rendían homenaje a los animales o a sus espíritus de un modo u otro. Los animales habían sido objeto de atenta observación desde tiempos inmemoriales. La gente conocía sus comidas y hábitats preferidos, sus pautas migratorias y desplazamientos estacionales, sus épocas de celo y alumbramiento. Pero nadie había intentado tocar de un modo amistoso a un animal que estuviera aún vivo y respirando. Nadie había intentado atar una cuerda en torno a la cabeza de un animal y llevarlo a rastras de un lado a otro. Nadie había intentado domar a un animal, ni imaginado siquiera que esto fuera posible.

Por más que a aquella gente le complaciera ver a un pariente regresar de un largo Viaje –sobre todo tratándose de un pariente que pocos esperaban volver a ver–, los animales domados eran un fenómeno tan desconocido que su primera reacción fue el miedo. Resultaba algo tan extraño, tan inexplicable, tan ajeno a su experiencia e inasequible a su imaginación que no podía ser natural. Tenía que ser antinatural, sobrenatural. Sólo una cosa impedía a muchos de ellos

echarse a correr para esconderse o intentar matar a los temibles animales: el hecho de que Jondalar, a quien conocían, hubiera llegado con ellos y en ese momento subiera con su hermana por el sendero desde el Río del Bosque, presentando un aspecto absolutamente normal bajo la intensa luz del sol.

Folara había demostrado cierto valor al precipitarse cuesta abajo tal como había hecho, pero era joven y tenía la temeridad propia de los jóvenes. Además, estaba tan contenta de ver a su hermano, para ella siempre el predilecto, que no había podido esperar. Jondalar nunca le causaría el menor daño, y a él no le asustaban aquellos animales.

Ayla observaba desde el pie del sendero mientras la gente se acercaba a él y le daba la bienvenida con sonrisas, abrazos, besos, palmadas, apretones de manos y muchas palabras. Se fijó en una mujer muy gruesa, en un hombre a quien Jondalar abrazó y en otra mujer de mayor edad a quien saludó afectuosamente y mantuvo rodeada con el brazo. Probablemente su madre, concluyó Ayla, preguntándose qué opinaría la mujer de ella.

Ésa era la gente con la que Jondalar había crecido: su familia, sus parientes, sus amigos. Ella, en cambio, era una desconocida, una desconocida inquietante que llegaba acompañada de animales y conocía a saber qué amenazadoras costumbres foráneas e ideas intolerables. ¿La aceptarían? ¿Y si no era así? Ayla no podía volver al lado de los suyos, que vivían a más de un año de viaje hacia el este. Jondalar había prometido que se iría con Ayla si ella quería marcharse —o se veía obligada a ello—; pero eso lo había dicho antes de verlos a todos, antes de recibir una acogida tan calurosa. ¿Seguiría pensando lo mismo?

Notó un ligero golpe en la espalda y echó atrás el brazo para acariciar el fuerte cuello de Whinney, agradeciendo que su amiga le recordara que no estaba sola. Cuando vivía en el valle, después de abandonar el Clan, aquella yegua había sido durante mucho tiempo su única compañía. Ayla no había notado que el cabestro de Whinney perdía tensión en su mano al acercarse el animal, pero dio un poco más de cuerda a Corredor. Normalmente la yegua y su hijo se proporcionaban amistad y consuelo mutuos, pero el celo de la madre había alterado la habitual relación entre ambos.

Aumentaba el número de gente —¿cómo podían ser tantos?— que miraba en dirección a Ayla. Jondalar hablaba fervorosamente con un hombre de pelo castaño. De pronto hizo una seña a Ayla y sonrió. Cuando volvió a encaminarse cuesta abajo, lo seguían la joven, el hombre de pelo castaño y unos cuantos más. Ayla respiró hondo y aguardó.

A medida que se aproximaban, el gruñido del lobo subía de volumen. Ayla alargó la mano hacia el animal para mantenerlo junto a ella.

–Calma, Lobo. Son los parientes de Jondalar –dijo.

Aquel tranquilizador contacto era una señal para que dejara de gruñir, de mostrarse amenazador. Había sido difícil lograr que aprendiera esa señal, pero el esfuerzo había merecido la pena, y ese momento en especial era buena prueba de ello, pensó. Lamentó no conocer también alguna clase de contacto para serenarla a ella.

El grupo que acompañaba a Jondalar se detuvo a cierta distancia, procurando disimular su temor y no posar la mirada en los animales, que los miraban a ellos fijamente y permanecían en el sitio pese a la cercanía de desconocidos. Jondalar salvó la situación.

–Creo que deberíamos empezar por las presentaciones formales, Joharran –sugirió volviéndose hacia el hombre de pelo castaño.

Cuando Ayla soltó los cabestros preparándose para la presentación formal, que exigía el contacto con ambas manos, los caballos retrocedieron, pero el lobo se quedó a su lado. Ella advirtió un asomo de miedo en los ojos del hombre –aunque tuvo la impresión de que pocas cosas lo intimidaban– y lanzó una fugaz mirada a Jondalar, preguntándose si tenía alguna razón para desear que las presentaciones formales se realizaran de inmediato. Observó con atención al hombre y de pronto le recordó a Brun, el jefe del clan con el que se había criado, un hombre poderoso, inteligente, orgulloso, capaz, sin miedo a prácticamente nada..., excepto al mundo de los espíritus.

–Ayla, te presento a Joharran, el jefe de la Novena Caverna de los Zelandonii, hijo de Marthona, ex jefa de la Novena Caverna, nacida en el Hogar de Joconan, ex jefe de la Novena Caverna –dijo el hombre alto y rubio con seriedad. Sonriendo añadió–: Y por si fuera poco, hermano de Jondalar, viajero por tierras lejanas.

El comentario provocó sonrisas y alivió en cierta medida la tensión. Para presentarse formalmente, una persona podía, en rigor, enumerar su lista completa de nombres y lazos de parentesco a fin de dar validez a su estatus –todos sus títulos, designaciones y logros, y todos sus ancestros y parientes, junto con los títulos y logros de éstos–, y algunos así lo hacían. Pero por costumbre, salvo en las ocasiones más solemnes, bastaba con mencionar los principales. Sin embargo, no era infrecuente entre los jóvenes, especialmente entre hermanos, acabar el largo y a veces tedioso recitado del parentesco con un colofón jocoso, y Jondalar estaba recordándole a Joharran los tiempos pasados, cuando aún no cargaba con las responsabilidades del liderazgo.

–Joharran, ésta es Ayla de los Mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar de los Mamuts, elegida por el espíritu del León Cavernario y protegida por el Oso Cavernario.

El hombre de pelo castaño recorrió la distancia que lo separaba de la joven y le tendió las dos manos, con las palmas hacia arriba, en el gesto protocolario de bienvenida y amistad sin reservas. No había identificado ninguno de sus lazos y no estaba, pues, muy seguro de cuáles eran los más importantes.

–En el nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi, hija del Hogar de los Mamuts –dijo.

Ayla le cogió las dos manos.

–En el nombre de Mut, la Gran Madre de Todos, yo te saludo, Joharran, jefe de la Novena Caverna de los Zelandonii –en este punto sonrió– y hermano del viajero Jondalar.

Joharran notó, en primer lugar, que Ayla hablaba bien su lengua, pero con un acento poco corriente, y luego tomó conciencia de su extraña vestimenta y su aspecto foráneo; pero cuando Ayla le sonrió, él le devolvió la sonrisa, en parte porque ella había demostrado comprender el comentario de Jondalar y dejado claro a Joharran que su hermano era importante para ella, pero sobre todo porque no pudo resistirse a su sonrisa.

Ayla era una mujer atractiva para cualquier hombre: alta, de cuerpo firme y bien formado, cabello largo y trigueño con tendencia a ondularse, claros ojos de un gris azulado y rasgos delicados, aunque algo distintos a los de las mujeres Zelandonii. Cuando sonreía daba la impresión de que el sol hubiera proyectado sobre ella un rayo especial que iluminaba desde dentro cada una de sus facciones. Parecía irradiar tan deslumbrante belleza que Joharran contuvo la respiración. Jondalar siempre había dicho que Ayla tenía una sonrisa excepcional, y al ver que su hermano no era inmune a ella, él mismo sonrió con expresión burlona.

A continuación Joharran advirtió que el corcel se acercaba a Jondalar con nerviosos brincos y echó una ojeada al lobo.

–Me ha dicho Jondalar que es necesario preparar algún tipo de... esto... alojamiento para los animales... En algún lugar cercano, supongo –«no muy cercano», pensó.

–Los caballos sólo necesitan un campo con hierba y agua que no esté muy lejos –explicó Ayla–. Pero conviene avisar a la gente de que al principio nadie debe aproximarse a menos que Jondalar o yo estemos con ellos.

–No creo que eso represente un problema –dijo Joharran, advirtiendo el movimiento de la cola de Whinney, y mirando a Ayla añadió–: Pueden quedarse aquí si este pequeño valle es apropiado.

–Aquí estarán bien –afirmó Jondalar–. Pero los llevaremos río arriba, a cierta distancia.

–Lobo acostumbra dormir a mi lado –continuó Ayla reparando en que Joharran fruncía el entrecejo–. Ha adoptado conmigo una actitud muy protectora, y podría causar un alboroto si no le permitimos quedarse cerca.

Ayla notó el parecido entre Joharran y Jondalar, sobre todo en la frente tensa a causa de la preocupación, y deseó sonreír. Pero el hombre estaba sinceramente alarmado. No era momento para sonrisas, pese a que la expresión de Joharran produjera a Ayla una sensación de cálida familiaridad.

También Jondalar había percibido la preocupación de su hermano.

–Probablemente éste sea un buen momento para hacer las presentaciones entre Joharran y Lobo –propuso.

Su hermano abrió los ojos desmesuradamente en un gesto de pánico, pero Ayla, sin darle tiempo a protestar, le cogió la mano y se agachó junto al carnívoro. Rodeó con el brazo el cuello del enorme lobo para aplacar un incipiente gruñido, segura de que Lobo olía el miedo del hombre, ya que incluso ella lo olía.

–Primero déjale oler tu mano –dijo Ayla–. Ésa es la presentación formal para Lobo.

A partir de experiencias anteriores, el lobo había aprendido que para Ayla era importante que él aceptara en su manada de humanos a aquellas personas que ella le presentaba de ese modo. Le disgustaba el olor del miedo, pero olfateaba al hombre para familiarizarse con él.

–¿Has acariciado alguna vez el pelaje de un lobo vivo, Joharran? –preguntó Ayla alzando la vista para mirarlo–. Notarás que es un poco áspero –acompañó la mano de Joharran por el enmarañado pelo del cuello del animal–. Aún está pelechando, y como le pica, le encanta que le rasquen detrás de las orejas –prosiguió mientras le mostraba cómo hacerlo.

Joharran palpó el pelaje; le llamó la atención su cálido contacto. De repente adquirió plena conciencia de que aquél era un lobo vivo, y al parecer no le importaba que lo tocaran.

Ayla observó que Joharran ya no tenía la mano tan agarrotada, y que hasta intentaba friccionar donde ella le había indicado.

–Déjale oler otra vez tu mano.

Joharran acercó la mano al hocico de Lobo y luego miró sorprendido a Ayla.

–¡Este lobo me ha lamido! –exclamó sin saber si eso era un primer paso hacia algo mejor... o peor. Vio entonces que Lobo lamía el rostro de Ayla, y ella parecía muy complacida.

–Sí, Lobo, te has portado bien –dijo Ayla, sonriente, a la vez que le acariciaba y alborotaba el pelo.

A continuación se levantó y se dio unas palmadas en la parte anterior de los hombros. El lobo, de un salto, se irguió sobre las patas traseras, apoyó las manos donde Ayla le había señalado y le lamió el cuello mientras ella le exponía la garganta. Luego, con un vibrante gruñido, pero también con gran delicadeza, tomó en su boca la barbilla y la mandíbula de Ayla.

Jondalar advirtió las exclamaciones de estupefacción de Joharran y los demás, y cayó en la cuenta de lo aterrador que debía parecer esa habitual demostración de afecto lobuno a quienes no sabían interpretarla como tal. Su hermano lo miró con una mezcla de miedo y asombro.

–¿Qué le hace el lobo?

–¿Estás seguro de que no hay peligro? –preguntó Folara casi al mismo tiempo, incapaz ya de quedarse quieta.

Los demás se movían también, indecisos y nerviosos. Jondalar sonrió.

–Sí, Ayla está perfectamente. Lobo la adora; jamás le haría daño. Así manifiestan los lobos su afecto. A mí me llevó un tiempo acostumbrarme. Tanto Ayla como yo conocemos a Lobo desde que era un cachorrillo revoltoso.

–¡Eso ya no es un cachorro! ¡Es un lobo enorme! Es el lobo más grande que he visto en mi vida –declaró Joharran–. Podría desgarrarle la garganta.

–Sí. Podría hacerlo. Yo mismo he visto cómo desgarraba la garganta a una mujer..., una mujer que pretendía matar a Ayla –dijo Jondalar–. Lobo la protege.

Los Zelandonii que observaban la escena exhalaban un suspiro colectivo de alivio cuando el lobo bajó las patas y se colocó junto a Ayla con la boca abierta y la lengua colgando a un lado, enseñando los dientes. Lobo presentaba la expresión que Jondalar consideraba su sonrisa lobuna, como si se sintiera satisfecho de sí mismo.

–¿Siempre hace eso? –preguntó Folara–. ¿A... todo el mundo?

–No –respondió Jondalar–. Sólo a Ayla, y a veces a mí si está especialmente contento, y sólo si se lo permitimos. Se porta bien. No hará daño a nadie... a menos que Ayla sea amenazada.

–¿Tampoco a los niños? –dijo Folara–. A menudo los lobos van tras los más débiles y pequeños.

La preocupación se dibujó en los rostros de los circunstantes al mencionarse a los niños.

–Lobo adora a los niños –se apresuró a aclarar Ayla–, y actúa con ellos de una manera muy protectora, sobre todo con los más pequeños y débiles. Se crió con los niños del Campamento del León.

–Había allí un niño muy débil y enfermizo, miembro del Hogar del León –añadió Jondalar–. Tendrías que haberlos visto jugar juntos. Lobo lo trataba siempre con mucho cuidado.

–Es un animal muy poco corriente –comentó otro hombre–. Cuesta creer que un lobo se comporte de un modo tan... poco lobuno.

–Tienes razón, Solaban –convino Jondalar–. Su comportamiento parece muy poco lobuno a la gente, pero si fuéramos lobos no pensaríamos lo mismo. Se crió entre humanos, y dice Ayla que considera a los humanos su manada. Los trata como si fueran lobos.

–¿Caza? –quiso saber el hombre a quien Jondalar había llamado Solaban.

–Sí –contestó Ayla–. A veces caza solo, para él, y a veces nos ayuda a cazar a nosotros.

–¿Cómo sabe qué debe cazar y qué no? –preguntó Folara–. ¿Por qué, por ejemplo, no ataca a esos caballos?

Ayla sonrió.

–Los caballos también forman parte de su manada. Como ves, no le tienen miedo. Lobo nunca caza personas. Por lo demás, puede cazar a cualquier animal, a menos que yo se lo prohíba.

–Y si tú se lo prohíbes, ¿te obedece? –preguntó otro hombre.

–Así es, Rushemar –afirmó Jondalar.

El hombre movió la cabeza en un gesto de asombro. Resultaba difícil creer que alguien pudiera ejercer tal control sobre un poderoso animal cazador.

–¿Y bien, Joharran? –dijo Jondalar–. ¿Te parece suficientemente seguro que dejemos subir a Ayla y Lobo?

Tras reflexionar por un momento, Joharran asintió.

–Pero si hay algún problema...

–No lo habrá, Joharran –aseveró Jondalar. Se volvió hacia Ayla y explicó–: Mi madre nos ha invitado a quedarnos en su vivienda. Folara aún vive con ella, pero tiene su propia habitación, al igual que Marthona y Willamar. Él ha salido en misión comercial. Mi madre nos ha ofrecido el espacio central de la vivienda. Naturalmente, si lo prefieres, podemos alojarnos con Zelandoni en el hogar de los visitantes.

–Aceptaré encantada la hospitalidad de tu madre, Jondalar –dijo Ayla.

–¡Estupendo! Mi madre ha sugerido también que dejemos las presentaciones más formales para cuando nos hayamos acomodado. Creo que no tiene sentido estar repitiendo lo mismo a cada persona cuando podemos presentarnos ante todos al mismo tiempo.

–Estamos ya planeando un festejo de bienvenida para esta noche –anunció Folara–. Y probablemente organizaremos otro más adelante, para las Cavernas vecinas.

–Agradezco la consideración de tu madre, Jondalar. Será más fácil conocer a todo el mundo a la vez, pero podrías presentarme ahora a esta joven –dijo Ayla.

Folara sonrió.

–Claro, ésa era mi intención –respondió Jondalar–. Ayla, ésta es mi hermana Folara, bendecida por Doni, de la Novena Caverna de los Zelandonii; hija de Marthona, ex jefa de la Novena Caverna; nacida en el hogar de Willamar, viajero y maestro de comercio; hermana de Joharran, jefe de la Novena Caverna; hermana de Jondalar...

–A ti ya te conoce, Jondalar, y yo ya he oído sus nombres y lazos de parentesco –atajó Folara, cansada de formalidades, y tendió las manos a Ayla–. En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi, amiga de caballos y lobos.

La muchedumbre congregada en el soleado porche de piedra retrocedió rápidamente en cuanto vio encaminarse sendero arriba a la mujer y el lobo, junto con Jondalar y la pequeña comitiva. Luego uno o dos avanzaron un paso mientras los otros, desde atrás, se estiraban para ver algo.

Cuando llegaron al saliente de piedra, apareció ante los ojos de Ayla el espacio de vivienda de la Novena Caverna de los Zelandonii. La vista la sorprendió.

Si bien sabía que en la denominación del hogar de Jondalar la palabra «caverna» no hacía referencia a un lugar sino al grupo de personas que allí habitaban, la formación que veía no era una caverna, o al menos no lo era tal como ella la concebía. Para Ayla una caverna era una cámara oscura o una serie de cámaras en el interior de una pared rocosa, en un precipicio o bajo tierra, con una abertura al exterior. En cambio, el espacio de vivienda de aquella gente era la superficie situada bajo una enorme cornisa que sobresalía del precipicio de piedra caliza, un refugio, que protegía de la lluvia o la nieve, pero que quedaba abierto a la luz del día.

Los altos precipicios de la región fueron en otro tiempo el lecho de un antiguo mar. A medida que los crustáceos que vivían en ese mar se desprendían de sus caparazones, éstos fueron amontonándose en el fondo y, finalmente, se convirtieron en carbonato de calcio, piedra caliza. En ciertos períodos, por diversas razones, parte de los caparazones depositados formaba gruesas capas de piedra caliza de mayor dureza. Cuando la tierra se desplazó y el lecho marino quedó al descubierto se convirtió por fin en precipicios. La acción del viento y el agua erosionó con mayor facilidad la piedra relativamente más blanda, abriendo profundos espacios y dejando en medio salientes de roca más dura.

Aunque los precipicios estaban también llenos de cavernas en el sentido convencional –lo cual era característico de la piedra caliza–, estas inusitadas formaciones semejantes a repisas constituían refugios de piedra que resultaban excepcionalmente adecuados como viviendas y habían sido utilizados como tales durante muchos miles de años.

Jondalar guió a Ayla hacia la mujer de mayor edad que ella había visto desde el pie del sendero. Era una mujer alta y esperaba pacientemente con porte majestuoso. Tenía el cabello más gris que castaño claro y lo llevaba recogido en una larga trenza enrollada detrás de la cabeza. Sus ojos claros, de mirada franca y estimativa, eran también grises.

Una vez ante ella, Jondalar inició la presentación formal.

–Ayla, ésta es Marthona, ex jefa de la Novena Caverna de los Zelandonii; hija de Jemara; nacida en el hogar de Rabanar; unida a Willamar, maestro de comercio de la Novena Caverna; madre de Joharran, jefe de la Novena Caverna; madre de Folara, bendecida de Doni; madre de... –se disponía a nombrar a Thonolan, pero vaciló por un instante y luego se apresuró a sustituir el nombre de su hermano por el suyo propio– Jondalar, viajero retornado –se volvió entonces hacia su madre–. Marthona, ésta es Ayla, del Campamento del León de los Mamutoi, hija del Hogar de los Mamuts, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el espíritu del Oso Cavernario.

Marthona tendió las manos.

–En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi.

–En nombre de Mut, Gran Madre de Todos, yo te saludo, Marthona de la Novena Caverna de los Zelandonii y madre de Jondalar –dijo Ayla mientras se estrechaban las manos.

Escuchando a Ayla, Marthona sintió extrañeza por su peculiar pronunciación, notó lo bien que hablaba a pesar de ello, y pensó que se trataba bien de un defecto del habla sin importancia, bien del acento de una lengua totalmente ajena hablada en algún lugar muy lejano. Sonrió.

–Ayla, has recorrido un largo camino y dejado atrás todo aquello que conocías y amabas. A no ser por eso dudo que ahora tuviera a Jondalar de regreso. Te doy las gracias por ello. Espero que pronto te sientas aquí como en tu propia casa, y haré cuanto esté en mis manos por ayudarte.

Ayla supo que la madre de Jondalar hablaba con sinceridad. Su naturalidad y franqueza eran auténticas; se alegraba del regreso de su hijo. Ayla sintió alivio y gratitud por la acogida de Marthona.

–Estaba impaciente por conocerte desde la primera vez que Jondalar me habló de ti..., pero tenía también un poco de miedo –contestó con igual franqueza y naturalidad.

–Lo comprendo. También a mí, en tu lugar, me habría resultado muy difícil. Ven, te enseñaré dónde puedes dejar tus cosas. Debes de estar agotada, y querrás descansar antes de la celebración de bienvenida de esta noche –dijo Marthona guiándola a ella y a Jondalar hacia el espacio cubierto bajo el saliente de roca.

De pronto, Lobo empezó a lanzar débiles aullidos, unos gañidos semejantes a los de un cachorro, y adoptó una juguetona postura, con las patas delanteras extendidas ante él y las ancas y el rabo en alto.

Jondalar se sobresaltó.

–¿Qué hace?

Ayla, también un tanto sorprendida, miró a Lobo. El animal repitió los gestos, y una sonrisa se dibujó súbitamente en los labios de Ayla.

–Me parece que intenta atraer la atención de Marthona –explicó–. Cree que no se ha fijado en él y quiere ser presentado.

–Y también yo deseo conocerlo –aseguró Marthona.

–¡No le tienes miedo! –exclamó Ayla–. ¡Y él lo sabe!

–He estado observando y no he visto nada que temer –dijo ella extendiendo la mano hacia el lobo.

El animal le olfateó la mano, se la lamió y volvió a aullar.

–Creo que Lobo quiere que lo toques –indicó Ayla–. Le encanta recibir atenciones de las personas que le caen bien.

–Te gusta esto, ¿eh? –dijo la mujer mientras lo acariciaba–. ¿Lobo? ¿Es así cómo lo llamas?

–Sí. Es sencillamente la palabra «lobo» en lengua mamutoi –aclaró Ayla–. Parecía el nombre idóneo para él.

–Nunca lo había visto coger cariño a alguien tan deprisa –comentó Jondalar mirando a su madre con profundo respeto.

–Ni yo –confirmó Ayla mientras miraba a Marthona junto al lobo–. Quizá se alegra de conocer a alguien que no le tiene miedo.

Cuando se adentraron en la sombra proyectada por el saliente de piedra, Ayla notó un inmediato descenso de la temperatura. Por un instante la recorrió un escalofrío de miedo, y alzó la vista para mirar la enorme repisa de piedra que sobresalía de la pared del precipicio, preguntándose si podía desplomarse. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de claridad, quedó atónita, y no sólo por la formación física del hogar de Jondalar. Bajo el refugio de roca había un amplísimo espacio, mucho mayor de lo que Ayla había imaginado.

En el camino, a orillas de aquel río, había visto salientes parecidos en los precipicios, algunos, sin duda, habitados, pero ninguno de

tales dimensiones. En la región todos conocían aquel inmenso refugio de roca y el gran número de personas que albergaba. La Novena Caverna era la mayor de todas las comunidades agrupadas bajo el nombre de Zelandonii.

En el extremo este del espacio protegido, junto a la pared del fondo y aisladas en el medio, se alzaban estructuras independientes, muchas de tamaño considerable, construidas en parte de piedra y en parte de armazones de madera cubiertos de pieles. Las pieles estaban decoradas con hermosas representaciones de animales y diversos símbolos abstractos pintados en negro y vivos tonos de rojo, amarillo y marrón. Las estructuras estaban orientadas hacia el oeste y dispuestas en curva en torno a un espacio abierto próximo al centro de la superficie cubierta por el saliente rocoso, y dicho espacio se hallaba lleno de objetos y personas en desorden.

Cuando Ayla observó con mayor detenimiento, lo que inicialmente se le había antojado un revoltijo de cosas diversas empezó a cobrar forma y pudo distinguir áreas dedicadas a distintas tareas que estaban agrupadas según la afinidad de estas últimas. Al principio resultaba confuso sólo por la gran cantidad de actividades que allí se desarrollaban.

Ayla vio pieles a medio curtir colocadas en bastidores y largas astas de lanza –al parecer, en proceso de enderezamiento– apoyadas en un travesaño sostenido por dos postes. En otra parte había amontonadas cestas en diferentes fases de elaboración, así como correas puestas a secar, atirantadas entre pares de estacas de hueso. Largas madejas de cuerda pendían de estaquillas clavadas en montantes, y debajo de éstas había redes inacabadas extendidas sobre armazones. En el suelo vio rebujos de malla poco tupida. Las pieles, algunas teñidas de varios colores incluidos distintos tonos de rojo, estaban cortadas en piezas y cerca colgaban prendas de vestir parcialmente confeccionadas.

Reconoció casi todas aquellas artesanías, pero cerca de la ropa había una actividad por completo desconocida para ella. Un armazón sostenía verticalmente numerosas hebras de cordel fino y empezaba a adivinarse un dibujo formado por las hebras tejidas horizontalmente. Deseó acercarse para examinarlo de cerca y se prometió hacerlo más tarde. En otras partes se veían trozos de madera, piedra, hueso, cuerno y marfil de mamut, tallados en forma de utensilios –cazos, cucharas, cuencos, pinzas, armas–, y en su mayoría con adornos labrados o, en algunos casos, pintados. Había asimismo pequeñas esculturas y tallas que no eran utensilios ni herramientas. Parecían hechas por el mero placer de hacerlas o con alguna finalidad que Ayla desconocía.

Vio verduras y hierbas colgadas a considerable altura de grandes armazones con muchos travesaños y, más cerca del suelo, carne secándose sobre rejillas. A cierta distancia del resto de las actividades había un área con afiladas esquiras de piedra esparcidas, sin duda para personas como Jondalar, pensó Ayla, talladores de pedernal que hacían herramientas, cuchillos y puntas de lanza.

Y allí donde miraba veía gente. La comunidad que vivía en el amplio refugio de roca era de proporciones comparables a aquel gran espacio. Ayla había crecido en un clan de menos de treinta personas; en la Reunión del Clan, que se celebraba cada siete años, se congregaban doscientas personas durante un breve período de tiempo, una nutrida concurrencia para ella por aquel entonces. Si bien la Asamblea Estival de los Mamutoi atraía a mucha más gente, la Novena Caverna de los Zelandonii por sí sola –con más de doscientos individuos que vivían todos juntos en aquel único espacio– superaba en número a la Reunión del Clan al completo.

Ayla ignoraba cuántas personas había alrededor observándolos, pero la situación le recordó el momento en que se presentó con el clan de Brun ante aquella congregación de clanes y notó todas las miradas puestas en ella. En esa ocasión la gente había procurado ser discreta, pero esta vez quienes miraban atentamente a Jondalar, Ayla y el lobo mientras Marthona los conducía hacia su vivienda, ni siquiera trataban de disimular por cortesía. No bajaban la vista ni desviaban la mirada. Ayla se preguntó si algún día se acostumbraría a vivir con tanta gente cerca a todas horas; y si esto lo deseaba.



## Capítulo 2

La corpulenta mujer alzó la vista al moverse la cortina de cuero que cubría la entrada y volvió a bajarla al instante cuando la forastera joven y rubia salió de la vivienda de Marthona. Estaba sentada en su sitio de costumbre, un asiento labrado en un macizo bloque de piedra caliza, lo bastante resistente para soportar su enorme peso. El asiento de piedra revestido de cuero había sido hecho expresamente para ella, y se encontraba situado justo donde ella lo quería: al fondo de la amplia área abierta bajo el enorme saliente que protegía el poblado, pero con casi todo el espacio de vivienda comunal a la vista.

La mujer parecía meditar, pero no era la primera vez que usaba aquel lugar para observar calladamente a alguna persona o actividad. La gente había aprendido a no importunarla en sus meditaciones, a menos que se tratara de una situación de emergencia, en especial cuando llevaba del revés la placa de marfil que lucía en el pecho, mostrando su lado liso y sin adorno alguno. Cuando quedaba a la vista la cara de la placa adornada con símbolos y animales tallados, cualquiera podía dirigirse a ella con entera libertad; pero cuando volvía la placa del otro lado, ésta se convertía en un símbolo de silencio y significaba que no deseaba hablar ni ser molestada.

Los moradores de la Caverna se habían habituado hasta tal punto a que estuviera allí que casi ni la veían, pese a su imponente presencia. La mujer había cultivado ese efecto con sumo esmero y sin el menor reparo. Como guía espiritual de la Novena Caverna de los Zealandonii, se consideraba responsable del bienestar de la gente, y para llevar a cabo su cometido empleaba todos los medios que su fértil cerebro concebía.

Observó a la joven salir del refugio de roca y encaminarse hacia el sendero que llevaba al valle, y advirtió el aspecto inconfundiblemente foráneo de su túnica de piel. La vieja donier notó también que se movía con la elasticidad propia de una persona sana y fuerte, y con

una seguridad en sí misma que no dejaba traslucir su juventud ni el hecho de que se hallara en la vivienda de desconocidos.

Zelandoni se puso en pie y se dirigió hacia la estructura, una de las muchas moradas similares de diversos tamaños repartidas por el interior del refugio de piedra caliza. En la entrada que separaba el espacio privado de vivienda del área pública abierta dio unos ligeros golpes en el rígido panel de cuero crudo contiguo a la cortina cerrada y oyó acercarse las amortiguadas pisadas de unos pies enfundados en suave calzado de piel. El hombre alto, rubio y extraordinariamente apuesto apartó la cortina. En sus ojos de un intenso color azul apareció una expresión de sorpresa, que enseguida dio paso a otra más cálida de satisfacción.

–¡Zelandoni! –exclamó–. Encantado de verte, pero en este momento mi madre no está.

–¿Quién te ha dicho que he venido a ver a Marthona? Eres tú quien ha estado fuera cinco años –dijo la mujer con brusquedad.

Asaltado por un repentino nerviosismo, él no supo qué contestar.

–Y bien, Jondalar, ¿vas a dejarme de pie aquí fuera?

–Ah... Pasa, claro –ofreció él, y su frente se contrajo en un habitual ceño, borrando la sonrisa de su rostro. Se apartó y mantuvo la cortina a un lado mientras ella entraba.

Se examinaron mutuamente en silencio durante unos instantes. Cuando Jondalar emprendió el Viaje, ella acababa de convertirse en la Primera entre Quienes Sirven a la Madre; había dispuesto de cinco años para desarrollarse y ponerse a la altura del puesto, y se había desarrollado. La mujer que Jondalar conocía había engordado de un modo desmedido. Con sus grandes pechos y amplias nalgas, abultaba dos o tres veces más que la mayoría de las mujeres. Tenía la cara blanda y redonda, con una enorme papada, pero daba la impresión de que nada pasaba inadvertido a la penetrante mirada de sus ojos azules. Siempre había sido alta y fuerte, y llevaba su descomunal tamaño con garbo, y con un porte que reafirmaba su prestigio y autoridad. Tenía una presencia, un halo de poder, que imponía respeto.

Los dos hablaron al mismo tiempo.

–¿Quieres algo...? –empezó a decir Jondalar.

–Has cambiado...

–Perdón –se disculpó él por su aparente interrupción, sintiéndose anormalmente cohibido. Advirtió entonces en ella un levísimo asomo de sonrisa y una expresión familiar en la mirada, y se relajó–. Me alegro de verte..., Zolena –las arrugas desaparecieron de su frente y la sonrisa volvió a su rostro cuando fijó en ella sus cautivadores ojos llenos de afecto y ternura.

–Veo que no has cambiado tanto –comentó ella, reaccionando al carisma de Jondalar y los recuerdos que su presencia le evocaba–. Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba Zolena –nuevamente lo escrutó con la mirada–. Aunque sí has cambiado. Has crecido un poco. Estás más apuesto que nunca...

Él hizo ademán de protestar, pero ella se lo prohibió con un gesto de negación.

–Nada de objeciones, Jondalar. Sabes que es la verdad. Pero hay una diferencia. Te noto... ¿Cómo te diría? Ya no tienes aquella expresión de avidez, aquella necesidad que toda mujer quería satisfacer. Creo que has encontrado lo que andabas buscando. Posees una clase de felicidad que nunca habías tenido.

–Nunca he podido ocultarte nada –declaró Jondalar con una sonrisa de entusiasmo casi infantil–. Es Ayla. Planeamos unirnos en la Ceremonia Matrimonial de este verano. Supongo que podríamos haber celebrado una ceremonia de unión antes de ponernos en marcha o a lo largo del camino, pero preferíamos esperar a llegar a casa para que tú rodearas nuestras muñecas con la correa y ataras el nudo.

Por el mero hecho de hablar de ella le había cambiado el semblante, y Zelandoni percibió por un instante el amor casi obsesivo que él sentía por aquella mujer llamada Ayla. Eso la preocupó, despertó todos los instintos de protección que sentía por los suyos –en particular por aquel joven– en su calidad de representante, voz e instrumento de la Gran Madre Tierra. Zelandoni conocía las poderosas emociones contra las que Jondalar había tenido que luchar durante su maduración, y que finalmente había aprendido a mantener bajo control. Pero una mujer por la que sentía tan intenso amor podía causarle un profundo daño, quizá incluso arruinar su vida. Miró a Jondalar con los ojos entornados. Quería obtener más información acerca de aquella joven que lo había cautivado de modo tan absoluto. ¿Qué clase de influencia debía de ejercer sobre él?

–¿Cómo estás tan seguro de que es la mujer idónea para ti? ¿Dónde la conociste? ¿Qué sabes realmente de ella?

Jondalar percibió su preocupación, pero también algo más, algo que lo inquietó. Zelandoni era la guía espiritual de más alto rango en toda la zelandonia, y no en vano era la Primera. Era una mujer poderosa, y Jondalar no quería que se pusiera en contra de Ayla. La mayor duda que él –y también Ayla, como él bien sabía– había albergado durante el largo y penoso Viaje de regreso a casa era si ella sería aceptada o no por los suyos. Pese a las excepcionales cualidades de Ayla, había ciertos aspectos de ella que Jondalar deseaba que mantuviera en secreto, aunque no creía que Ayla se prestara a ello.

Podría encontrar ya dificultades suficientes –y probablemente así sería con algunas personas– sin necesidad de enemistarse con esa mujer en concreto. Muy al contrario, Ayla necesitaba el apoyo de Zelandoni más que el de ninguna otra persona.

Jondalar extendió los brazos y cogió a la mujer por los hombros, consciente de que era preciso convencerla de algún modo, aunque no sabía cuál, de que no sólo debía aceptar a Ayla, sino que también debía ayudarla. Mirándola a los ojos, no pudo evitar acordarse del amor que en otro tiempo habían compartido, y de pronto comprendió que, por difícil que fuera para él, lo único que podía darle resultado con Zelandoni era ser totalmente franco.

Jondalar era un hombre reservado en cuestión de sentimientos; había aprendido a controlar sus intensas emociones guardándoselas sólo para él. No le era fácil, pues, hablar de eso a nadie, ni siquiera a una persona que lo conocía tan bien como aquella mujer.

–Zelandoni... –suavizó el tono de voz–. Zolena..., sabes bien que fuiste tú quien anuló mi interés por las otras mujeres. Yo era poco más que un niño, y tú eras la mujer más excitante que podía anhelar un hombre. No era yo el único en cuyos sueños húmedos aparecías tú, pero tú hiciste realidad los míos. Te deseaba ardientemente, y cuando viniste a mí, cuando te convertiste en mi mujer donii, nunca me saciaba de ti. Tú llenaste los inicios de mi virilidad, pero sabes que no terminó ahí. Yo quería más, y también tú, por más que te resistieras. Pese a estar prohibido, te amaba, y tú me amabas a mí. Todavía te amo. Siempre te amaré... Ni siquiera más tarde, a mi regreso, después de vivir un tiempo con Dalanar, con quien me envió mi madre tras las molestias que causamos a todo el mundo, encontré a ninguna que pudiera compararse ni remotamente a ti. Incluso yaciendo agotado junto a otra mujer, te deseaba, y no sólo deseaba tu cuerpo, quería compartir un hogar contigo. No me importaba la diferencia de edad, ni la norma de que ningún hombre debía enamorarse de su donii. Quería pasar toda mi vida a tu lado.

–Y ya ves lo que habrías conseguido, Jondalar –dijo Zolena. Se sentía conmovida, más de lo que imaginaba que podía llegar a estar a esas alturas–. ¿Me has mirado bien? No sólo soy más vieja que tú. He engordado tanto que empiezo a tener problemas para ir de un lado a otro. Y menos mal que aún conservo las fuerzas, si no tendría muchos más problemas; aunque con el tiempo, sin duda, los tendré. Tú eres joven, y resulta un placer mirarte; las mujeres se mueren por ti. La Madre me eligió. Debía de saber que un día me parecería a ella. Eso está bien para Zelandoni, pero en tu hogar no habría sido más que una mujer vieja y gorda, y tú seguirías siendo un joven apuesto.

–¿Crees que me habría importado? Zolena, tuve que ir más allá

del final del Río de la Gran Madre para encontrar a una mujer que pudiera compararse a ti. No te imaginas lo lejos que es. Pero volvería a ir hasta allí, y aún más lejos. Doy gracias a la Gran Madre por haber hallado a Ayla. La amo, como te habría amado a ti. Trátala bien, Zolena..., Zelandoni. No le hagas daño.

—Ésa es la cuestión. Si es adecuada para ti, si está a tu altura, yo no podría hacerle daño, y ella no te haría daño a ti, no podría. Eso necesito saber, Jondalar.

Los dos miraron hacia la entrada al retirarse la cortina. Ayla entró en la vivienda cargada con las mochilas de viaje y vio a Jondalar con las manos en los hombros de aquella enorme mujer. Él apartó de inmediato las manos con expresión de desconcierto, casi de vergüenza, como si Ayla lo hubiera sorprendido haciendo algo indebido.

¿Qué había en el modo en que Jondalar miraba a la mujer, en la manera en que la sujetaba por los hombros? ¿Y en la mujer? A pesar de su corpulencia, su actitud tenía algo de seductora. Pero enseguida quedó patente otro rasgo. Al volverse hacia Ayla, Zelandoni se movió con un aplomo y una calma que eran señal manifiesta de su autoridad.

Para la joven era casi un acto reflejo observar los pequeños detalles en la expresión y la postura en busca de un significado. El Clan, la gente que la crió, no usaba las palabras como elemento esencial para comunicarse. Recurrían a las señales, los gestos y los matices de la expresión facial y la actitud. Viviendo con los Mamutoi, su capacidad de comprensión del lenguaje corporal se había desarrollado y ampliado hasta incluir la interpretación de las señales y gestos inconscientes de quienes utilizaban el lenguaje oral. De repente, Ayla supo quién era aquella mujer, y que entre Jondalar y ella había ocurrido algo que la atañía directamente. Intuyó que se enfrentaba a una prueba crítica, pero no vaciló.

—¿Es ella, verdad, Jondalar? —dijo Ayla acercándose.

—¿A qué se refiere? —inquirió Zelandoni mirando fijamente a la forastera.

Ayla le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Eres la mujer a quien debo dar las gracias —respondió—. Hasta que conocí a Jondalar no comprendía los Dones de la Madre, en especial Su Don de los Placeres. Sólo había conocido el dolor y la ira, pero él me trató con paciencia y consideración, y aprendí a conocer la dicha. Me habló de la mujer que lo había instruido. Gracias, Zelandoni, por instruir a Jondalar para que así él pudiera entregarme Su Don. Pero te agradezco, además, algo mucho más importante... y más difícil para ti. Gracias por renunciar a él para que pudiera encontrarme.

Zelandoni estaba sorprendida, aunque apenas dio señales de ello. Las palabras de Ayla no eran ni mucho menos lo que esperaba oír. Se miraron a los ojos. Zelandoni escrutó a Ayla tratando de sondearla en profundidad, de percibir sus sentimientos, de discernir la verdad. Comprendía el lenguaje corporal y las señales inconscientes de forma semejante a Ayla, aunque era aún más intuitiva. Había desarrollado esa aptitud mediante la observación y el análisis instintivo, pero no por ello su sagacidad era menor. Zelandoni ignoraba cómo Ayla sabía quién era ella; pero lo cierto era que, sencillamente, lo sabía.

Tardó un momento en tomar conciencia de un detalle curioso. Si bien la joven hablaba en zelandonii con fluidez –de hecho, lo usaba como si fuera su lengua materna–, no cabía duda de que era forastera.

La Que Servía no era ajena al hecho de que los visitantes hablaban con el acento de otras lenguas, pero Ayla tenía un deje particularmente exótico, distinto de todo lo que había oído. Su voz, más bien grave, no era desagradable, pero sí un poco gutural, y le costaba pronunciar ciertos sonidos. Recordó el comentario de Jondalar sobre lo lejos que había llegado en su Viaje, y una idea cruzó la mente de Zelandoni durante los breves instantes en que permaneció cara a cara con aquella desconocida: esa mujer había accedido a recorrer una gran distancia para acompañar a Jondalar al lado de los suyos.

Sólo entonces advirtió que el rostro de la joven tenía un aspecto claramente foráneo e intentó identificar la diferencia. Ayla era atractiva, pero no cabía esperar otra cosa de cualquier mujer que Jondalar trajera a casa. Su cara era algo más ancha y menos alargada que las de las mujeres Zelandonii, pero de hermosas proporciones y mandíbula bien definida. Era un poco más alta que Zolena, y la oscura tonalidad de su cabello trigueño se veía realzada por el contraste con algunos mechones aclarados por el sol. Sus ojos, de color azul grisáceo, escondían secretos y revelaban una férrea voluntad, pero ni el más leve asomo de malicia.

Zelandoni movió la cabeza en un gesto de asentimiento y se volvió hacia Jondalar.

–Servirá.

Él dejó escapar el aire de los pulmones y luego miró alternativamente a las dos mujeres.

–¿Cómo has sabido que ella era Zelandoni, Ayla? Aún no habíais sido presentadas, ¿no?

–Muy fácil. Tú aún la amas, y ella te ama a ti.

–Pero... pero... ¿cómo...? –balbuceó Jondalar.

–¿No sabes que he visto esa expresión en tus ojos? ¿Crees que no comprendo cómo se siente una mujer que te ama? –preguntó Ayla.

–Algunos tendrían celos si vieran a alguien a quien amaban mirar con amor a otra persona –dijo él.

Zelandoni sospechó que con ese «algunos» Jondalar se refería a sí mismo.

–¿Acaso piensas que no es capaz de ver a un hombre joven y apuesto y a una mujer vieja y gorda, Jondalar? Es lo que vería cualquiera. Tu amor por mí no representa una amenaza para ella. Si la memoria te ciega, ya me doy por satisfecha –dirigiéndose a Ayla, dijo–: No estaba segura de ti. Si hubiera tenido la impresión de que no eras adecuada para Jondalar, nunca habría permitido que te unieras por muy largo que hubiera sido tu camino recorrido para llegar hasta aquí.

–No habrías podido hacer nada para impedírmelo –aseveró Ayla.

–¿Lo ves? –dijo Zelandoni volviéndose hacia Jondalar–. Ya te he dicho que si era adecuada para ti, yo no podría hacerle daño.

–¿Considerabas que Marona era adecuada para mí, Zelandoni? –preguntó Jondalar un tanto irritado, empezando a sentirse como si entre ellas él no tuviera derecho a tomar decisiones por su cuenta–. No pusiste el menor reparo cuando me comprometí con ella.

–Eso daba igual. No la amabas. Ella no podía hacerte daño.

Las dos mujeres lo miraban, y pese a que no se parecían en nada, sus expresiones eran tan semejantes que parecían idénticas. De pronto, Jondalar se echó a reír.

–Bueno, me alegra saber que los dos amores de mi vida van a ser amigas.

Zelandoni enarcó una ceja y le lanzó una severa mirada.

–¿Qué te hace pensar que vamos a ser amigas? –dijo, y se marchó con una sonrisa burlona en los labios.

Jondalar experimentó una extraña mezcla de emociones encontradas mientras veía salir a Zelandoni. No obstante, le complacía la buena disposición para aceptar a Ayla que aparentemente había mostrado la poderosa mujer. Su hermana la había tratado con cordialidad y también su madre. Todas las mujeres que realmente le importaban parecían dispuestas a acogerla; al menos de momento, pensó. Su madre incluso había declarado que haría cuanto estuviera en su mano para que Ayla se sintiera como en casa.

La cortina de cuero de la entrada se movió, y Jondalar sintió un hormigueo de sorpresa al ver aparecer a su madre precisamente cuando acababa de pensar en ella. Marthona entró en la vivienda cargada con el estómago desecado de un animal de tamaño medio. El líquido que transportaba en él había traspasado el recipiente casi impermeable, hasta el punto de mancharlo de un intenso color morado. Una sonrisa iluminó el semblante de Jondalar.

–¡Madre, nos has traído un poco de tu vino! –exclamó–. Ayla, ¿recuerdas la bebida que tomamos cuando estuvimos con los Sharamudoí? ¿El vino de arándano? Ahora tendrás ocasión de probar el vino de Marthona. Se la conoce por la calidad de su vino. Sea cual sea la fruta utilizada, a mucha gente se le agría el jugo; pero mi madre tiene un arte especial para elaborarlo –sonrió a Marthona, y añadió–: Quizá algún día me cuente el secreto.

Marthona devolvió la sonrisa a su hijo, pero no hizo ningún comentario. Por su expresión, Ayla presintió que, en efecto, tenía una técnica secreta, y también que era una mujer que sabía guardar secretos, tanto los suyos como los ajenos. Probablemente conocía muchos. Pese a que era franca y directa en todo lo que decía, se adivinaba en ella la existencia de profundidades ocultas. Y pese a su actitud cordial y acogedora, Ayla sabía que la madre de Jondalar se reservaría la opinión antes de aceptarla plenamente.

De pronto, Ayla se acordó de Iza, la mujer del Clan que había sido como una madre para ella. También Iza conocía muchos secretos, y, sin embargo, como el resto del Clan, nunca mentía. Con un lenguaje gestual, donde los matices se transmitían mediante posturas y expresiones, no podían mentir. Se habría notado de inmediato. Pero podían abstenerse de mencionar ciertas cosas. Aunque se diera la impresión de estar ocultando algo, eso era permitido por respeto a la intimidad.

Cayó en la cuenta de que ésa no era la primera vez que se acordaba del Clan en los últimos momentos. Joharran, hermano de Jondalar y jefe de la Novena Caverna, le había recordado a Brun, el jefe de su propio clan. «¿Por qué los familiares de Jondalar le recordaban al Clan?», se preguntó.

–Debéis de tener hambre –dijo Marthona mirándolos a ambos. Jondalar sonrió.

–¡Sí, desde luego, yo sí! No hemos comido desde esta mañana temprano. Me urgía tanto llegar aquí y estábamos tan cerca que no he querido parar.

–Si ya habéis colocado todas vuestras cosas, sentaos y descansad mientras yo os preparo algo de comer –Marthona los llevó hasta una mesa baja, les señaló unos almohadones para que tomaran asiento y les sirvió el líquido de intenso color rojo en sendas copas. Echó una ojeada alrededor–. No veo a tu lobo, Ayla, y me consta que lo has traído. ¿También él necesita comida? ¿Qué come?

–Normalmente le doy lo mismo que comemos nosotros, pero también caza por su cuenta –dijo Ayla–. Lo he traído antes para que supiera cuál era su sitio, pero cuando me ha acompañado la primera vez que he vuelto a bajar al valle donde están los caballos ha decidido quedarse allí. Va y viene a su aire, a menos que yo lo necesite.